Oído á la caja

Con objeto de dar á conocer al país los nombres de los señores concejales que llamándose representantes del pueblo contribuyen con su voto á que se haga de una manera anómala la distribución de fondos municipales mensual publicamos á continuación la lista de los mismos.

- D. Liberato Alberola.
 » Nicolás de los Ríos.
 » Eulogio Periago.
 » Francisco Carrasco Sánchez.
 » Francisco Carrasco Ruíz.
 » Jerónimo Arcas Sastre.
 » Antonio Cañizares Pastor.

De cuya rara, expresiva y especialísima forma de *distribución*, protestaron los concejales D. Manuel Millana Benítez, don Alfredo San-Martín López y el Sr. Vizconde de Huerta.

¿QUÉ PASARÁ?

La cita

La orden ha sido terminante, precisa ¿qué pasará?

Los concejales de la mayoría, silenciosos, taciturnos, graves, iban penetrando en la casa del pueblo á donde habían sido llamados urgentemente.

—¿Para qué nos *quedrán*? Se preguntaba así mismo uno de esos dichosos mortales que por el pueblo procuran, joven, alto sin esbeltez, asancristobalado, un poco rudo en el decir por su poca costumbre en el hablar; y continuaba su mental monólogo dominado por el hervidero de ideas que bullían en su mente:—¿vendrán las oposiciones? y ante tal pensamiento, se contraía su bello rostro con expresión de terror; ¿llevaré el revolver? es prudente: ¿y si me *cachean*? ¡oh!... no se atreverán! pero los descamisados... los descamisados... sus miradas torvas me llenan de terror! ¡su actitud es inquietante... ¿qué pensarán de mí?...

Y su frente empieza á bañarse en frío sudor; se resuelve al fin, eleva al cielo la mirada de sus seductores ojos, y con paso vacilante se dirige al Ayuntamiento....

¿Qué pasará?

La sombra

Por la amplia escalera, ascienden silenciosos, taciturnos, graves, las sombras de los ilustres varones de

la mermada fracción; una de aquellas al deslizarse por el mal alumbrado pasillo, se detiene con muestras de cansancio junto á la vidriera; aquella sombra pesada, corpulenta, triste, reflexiona...—¿qué tiempo aquel!—se la oye murmurar; ¿á qué vengo? ¿quién me llama? ¿quién me trae?... ¡una fuerza desconocida me impulsa... el destino! ¿qué tiempo aquel!... Yo recorrí las feraces campiñas de Andalucía... ¡Oh *mía terra adorata!* yo visité las interminables llanuras de la Mancha... ¡la Mancha! ¡cuántos como yo visitaron aquella tierra de promisión entonces... su recuerdo fatídico se alza hoy ante mí como siniestro fantasma ¡oh, gestiones pasadas, ¿porqué me atormentais? Yo experimenté todos los goces de la vida, todos los placeres imaginables... ¡activo, galán, desdeñoso, magnífico, reinas vi á mis pies; en rios de oro bañé mi cuerpo gentil y gallardo... ¡Las delicias de Cápuá, ¿qué fueron, comparadas con las que yo apuré?... hoy, cansancio, tristeza, desaliento... ¡maldita oposición! Me esperan... ¡entremos! Y la sombra desapareció con tardo, con perezoso paso, dirigiendo una mirada torva al oscuro salón de sesiones...

¿Qué pasará?

Demóstenes!

La escalera retiembla al peso de gallardo y esbelto mancebo que por ella asciende; esbeltez ajada, mar-

chita; gallardía; cuyos contornos un tanto desdibujados y borrosos, solo son un recuerdo de lo que fué. En la frente de nuestro personaje, surcada por arrugas que una vejez prematura pregonan, pudiera leer un observador aquellos amarguísimos versos del gran poeta:

¡Funestros treinta años,
amarga edad de tristes desengaños!

Yo contemplo al mancebo cuya esbeltez y gallardía decadentes, tanto dan que pensar; su barba rubia, su semblante pálido, sus ojos azules, forman la bella faz del *leader* altivo.

Esclavo de la consecuencia, sufrió todos los rigores de adverso destino; á su aventajada estatura, se impuso la pequeñez de... su suerte; subir fué su aspiración constante, subir... subir... ¡en vano! jamás pasó del entresuelo de sus aspiraciones; deshizo el nudo, el nudo de su consecuencia, en tiempo no lejano, y anduvo oscilando como péndulo de reloj de horas nefastas... ¡aquellas fueron las más amargas de su vida! ¡no se resignaba al triste papel de aspirante perpetuo!... dejó el viejo camino y hacia Torralba enderezó sus pasos... ¡todo inútil! ¿qué hado fatal, qué maléfico genio le perseguía? ¡quebrantó su constancia, único blasón de su escudo político, y volvió al redil como oveja descarriada; triste, sumiso, obediente!... ¡pobre miembro de la desdichada mayoría! ¿De qué te sirven tus ampulosos é incoherentes discursos? ¿Qué recompensa obtiene tu *alto* saber? Tu tono sentencioso, tu gravedad cómica, tu ademán estudiado, dibujan sonrisas indescifrables en los labios de tus oyentes: El moderno Demóstenes, lucha con un auditorio implacable, frío, rígido, severo... ¿qué amarga decepción!

El mancebo, erguido, majestuoso, grave, sosteniendo sobre sus altos hombros la hermosa cabeza y sobre esta el hongo negro y lustroso que marca una línea perfectamente horizontal en su frente, se hunde en las sombras del largo corredor como un fantasma... ¿Qué pasará?

Misterio

Las sombras continúan deslizándose mudas y silenciosas por el an-

gosto pasillo, y desapareciendo tras la verde mampara que oculta á nuestras miradas indiscretas el restaurado salón de la Alcaldía. Un rumor sordo y persistente, llega confuso á nuestros oídos; velo misterioso flota por todas partes... ¿qué pasará?...

¡La glorial!

Las campanas voltean gozosas anunciando á la cristiandad la fiesta del Corpus Christi. La casa del pueblo silenciosa y tétrica antes, resplandece de luz ahora; abajo, en la enarenada plaza, la muchedumbre se agita sin preocupaciones ni recelos, contemplando la gloria á sus ojos, expuesta por aquellos que al pueblo sumen en el infierno... ¡La glorial! ¿De quién será al fin? ¿De los unos? ¿De los otros?... ¿Triunfará la luz ó las sombras? ¿Triunfará la verdad!

¡No despertará San Juan!

Mudo, tétrico, sombrío, con aspecto funeral, el tifo marca su huella en esta hermosa ciudad. En vano implorarás, pueblo, remedio para ese mal, y aunque gimas, aunque grites, ¡no despertará San Juan!

De D. Martín el Humano jamás te podrás librar; él te extraerá el jingo, pueblo, él te sacrificará; y aunque tus lamentos lleguen á la mansión celestial, aunque gimas, aunque grites, ¡no despertará San Juan!

Serán los nuevos arbitrios de tu garganta dogal, pueblo infeliz, y en los brazos del dolor sucumbirás; y aun cuando tus tristes ojos cieguen hartos de llorar, aunque gimas, aunque grites, ¡no despertará San Juan!

Férreas verjas á tus calles sin escrúpulo pondrán; sorvidumbres vecinales interceptadas verás; y aun cuando airado protestes de tanta barbaridad, aunque gimas, aunque grites, ¡no despertará San Juan!